

¿CUAL ES EL MEJOR CUENTO
DE FEDERICO GANA?

UNO DE LOS deportes más ociosos en literatura es el de averiguar qué autor es superior a tal otro, y lo mismo en cualquiera esfera del arte, porque el artista ha de ser por definición *uno mismo*, o no es nadie. Pero siempre será tentador establecer comparaciones dentro de las varias obras de un autor y muy especialmente de las de una época de su vida con las anteriores, o las que produjo más tarde. En el caso particular que deseo someter al público, la tentación a la polémica es todavía mayor, por cuanto me propongo probar que los dos cuentos de nuestro Federico Gana que parecen ser los predilectos de la mayoría de sus lectores y aun de los críticos: "La Señora", y "Paulita", siempre me han parecido a mí menos trascendentes que uno que se descubrió más tarde y que probablemente fue escrito en su madurez, o en lo que se tuvo por el período de su decadencia. Me refiero a "Vísperas de Boda", publicado en la revista *Pacífico Magazine* en 1914.

Por ese tiempo yo era secretario de redacción en esa revista. Las varias ocupaciones de sus propietarios y directores, don Joaquín Díaz Garcés y don Alberto Edwards, más cierta tendencia nuestra a un rápido enfriamiento de los entusiasmos en cualquier empresa que emprendamos, fueron dejando en mis manos no sólo el manejo de la redacción sino además la tarea de buscar colaboración, como efectivamente lo hice hasta el último año que pasé en Chile. (Así ocurrió que causara un pequeño alboroto con la publicación del cuento "En Provincia", de Augusto d'Halmar, donde se presenta muy delicadamente un caso de adulterio que en Francia en toda época, y en cualquiera parte del mundo en estos tiempos, no afectaría ni para bien ni para mal la circulación de cualquier periódico. Pero esto pasó antes de la Guerra Mundial, y en Chile). *Pacífico* era una revista de familia tanto

como de asuntos nacionales e internacionales. Edwards redactaba cuentos policiales y consejos para las dueñas de casa, disquisiciones sobre economía, política, historia y de cuanto sabía aquel formidable trabajador.

Con Fernando Santiván estábamos empeñados en reunir algún dinero para costear la impresión de un tomito de cosas inéditas de su cuñado (d'Halmar) y que resultaron más tarde en la publicación de "La lámpara en el Molino", conque nos quedamos entrampados. Pero esta es otra historia. (En *Provincia* aumentó nuestro haber en... cincuenta pesos, en aquel tiempo el equivalente de diez dólares). Yo me puse a buscar otros temas menos escabrosos para animar la revista, y di con un "alcance", como dicen los mineros, gracias al talento de zahorí de Raúl Silva Castro (a quien Dios guarde por muchos años). El había descubierto un cuento inédito de Federico Gana, o semi-inédito, por haber aparecido en un periódico olvidado. Era "Vísperas de Boda". Yo había publicado antes en la misma revista el "Candelilla", que puso en mis manos su propio autor. Fue la última vez que vi a nuestro gran cuentista.

Como esto es parte de mis Memorias literarias, bien puedo hacer un aparte antes de entrar en la entraña de mi tema. Quiero dar una muestra de lo que llamamos los "gustos del público" y que deberíamos calificar de los malos gustos del lector corriente. Por esos días habíamos escogido con Santiván otro cuento de d'Halmar para incrementar los fondos destinados a la imprenta, y aprovechando la ocasión del Dieciocho, lanzamos "Los anteojos del Corregidor", una de esas pruebas de prestidigitación que solía hacer d'Halmar con la literatura universal, sacando de los *chanclos* de Andersen unas *antiparras* que producían las más anacrónicas sorpresas, y justamente así como el personaje del genio danés pasaba de la época moderna a empantarse en una calleja medieval, oscura y maloliente, el Corregidor del maestro del *pastiche* criollo, se calaba sus cristales mágicos y podía presenciar un Dieciocho que todavía estaba lejos en *el futuro*. Ninguno de nosotros había leído aún "The Time Machine", de Wells, o por no saber inglés o por falta de dinero. Pero el hecho es que nadie me felicitó por haber publicado el "Candelilla" y sí muchísimos me hablaron regocijados de la originalidad y la fantasía de d'Halmar.

El cuento "Candelilla", que ahora nos hace recordar uno de los poemas en prosa de Turgenev ("Perdona, hermano, pero a falta de limosna, te estrecharé la mano") era como la mayor parte de las historias de Federico Gana, una exhibición de las injusticias e ingratitudes de la vida, anotada por un artista de corazón. Pero adolece también de cierta sentimentalidad que suaviza el impacto dramático que guar-

dan los grandes maestros con su pura objetividad: Tolstoy, Flaubert, Camus. En cambio en "Vísperas de Boda", el comienzo, la gradación de los incidentes y sobre todo, el final, seco y brusco tal como un pistoletazo, nos descubre un novelista que se ha quitado las telarañas de los ojos, y ofrece el espectáculo de la existencia por lo que es para la inmensa mayoría de los humanos: un pudridero, disimulado con unos cortinajes de color celeste y rosa. Ya el autor chileno no espera nada del mundo ni de sí mismo, y se da el amargo placer de imaginar un final rápido e inconsciente para su estrafalaria vejez, y con admirable instinto y honda intuición psicológica halla su solución en la misma herramienta que ha desgastado su organismo: la botella.

¿Cómo es que ningún crítico ha visto hasta ahora la profunda, la tremenda significación de este relato menospreciado de Gana? Cuando reflexiono acerca de nuestras letras las descubro tan ayunas de construcción interna como veo a la crítica huérfana de psicología. Nuestros analistas literarios se ocupan de los detalles bibliográficos, de incidentes menudos, de establecer comparaciones absurdas, de hablar de sí mismos, nunca, salvo *Alone*, en ocasiones, de ahondar en la obra, ya sea porque el asunto no valía la pena, o por pereza mental, o más seguro, por incapacidad recóndita. *Alone* probó con el hallazgo de "Arenas del Mapocho", que es capaz de descubrir en un autor desmadrado, irresoluto, la vena de sinceridad entrañable que todo artista ha de tener para examinar los rincones secretos de su corazón.

En "Vísperas de Boda", Gana hace un claro balance de su vida y de las vidas ajenas. Se ve por lo que ha llegado a ser, dónde ha venido a parar, y al mismo tiempo exhibe a los demás por lo que realmente son. Los jovencitos de su propia clase social aparecen como logreros, cínicos parásitos de gentes que ellos desprecian, no porque se dejen explotar por ellos, sino más bien por tener a mucha honra el verlos mofarse de quien los recibe en su casa. La figura de ese boticario que adquiere mayor respetabilidad cuando logra éxito en su tramoya de liquidar su primer negocio por la vía clandestina del incendio intencional, me convence mucho más que el Homais de Flaubert, porque el autor de "Madame Bovary" gusta de agrandar sus creaciones novelescas, empleando las expresiones grandilocuentes de su maestro Rabelais, hasta deformar sus proporciones. En suma (y que mis amigos me perdonen) me quedo con el boticario chileno, con todas sus bellequerías, porque tiene sus arranques de generosidad, así sea ella interesada, mientras que Homais es la encarnación acumulada de todos los vicios mezquinos que Flaubert veía en la burguesía francesa.

"La Señora" es otra cosa. Gana la mira a través de su lente sentimental, sin querer ver que una mujer acostumbrada al mando y a hacer

su voluntad desde chica, no renuncia así no más a su posición para convertirse en ama seca de un borracho. Esa señora espera heredar a su "huacho", diría yo, pero apenas se descuidara el autor, la vería transformada en un virago. "Paulita" es más convincente, porque a su edad, mellada por la miseria crónica, y en Chile, a la hija del pueblo le falta la energía viril que muestra el cazador furtivo para desafiar a su verdugo, que el personaje de Turgienev muestra en los "Relatos de un cazador". Como en el caso de "La Señora", nos gusta Paulita (el nombre es una *trouvaille* de parte del autor), porque halaga nuestra conciencia de chilenos hallar rasgos de nobleza en el carácter nacional.

Los tres cuentos de Gana que he citado son ciertamente de los mejores en su cosecha; pero la penetración psicológica de Federico Gana, ya viejo y cansado de la vida, cala más hondo en su último cuento. Solamente si Raúl Silva me probara que la fecha en que Gana escribió "Visperas de Boda" corresponde a la época en que se hallaba en todo su vigor, tendría que buscarle otra explicación, que la hallaría probablemente en el hastío y la "acidia" de Maupassant joven y ya pesimista confirmado. No, mi convicción es que esta historia la escribió Gana bajo la influencia de lecturas de Stendhal u otro psicólogo realista.

Sea como quiera, me gustaría conocer el parecer de otros escritores que quisieran darse el trabajo de cotejar los tres cuentos, y dar una opinión desapasionada y fundamentada, no de esas que lanzan algunos por el afán de singularizarse. Mi intención, es claro, no va más allá de promover interés en torno a uno de los novelistas más auténticos de nuestra tierra, y demostrar que si por un lado yo lo veo disminuido, por otro lo descubro con facultades insospechadas de psicólogo y de crítico insobornable de su gente.

Caracas, mayo, 1966.